

MESCOLANZA

LA MODA



de la necesidad y recibida educación de esmerada, y en Samperio la flor de la juventud; para hoy en los dos la misma conformación atlética, la misma anchura de hombros y de pecho, la misma potente musculatura, y los dos revelan la característica de su juego en el mismo detalle: la cabeza echada hacia adelante, fiera, amenazadora, pidiendo pelea, en actitud de acometer.

El zaguero se defiende, Samperio no admite comparación con otra al: en la bola de arriba, rápida, dura y nerviosa, mitad brazo y mitad muñeca, manda baja la pelota a la pared y la hace pasar recta, paralela al suelo, por la cabeza de los contrarios.

Samperio no extiende por elevación, sus bolas son rasas, dan en el frontón un golpe seco y salen despedidas violentamente, disparadas, con tal rapidez y con tal efecto, que no dan tiempo para colocarse al enemigo.

De ella trabaja principalmente el antebrazo, por lo cual carecen de toda exterioridad, presentan desde luego un carácter original y extraño, y constituyen el medio de ataque más poderoso que existe en el juego de bilis.

Todos los delanteros gritan a sus zagueros, ¡bolen!

Con Samperio eso grito es inútil, porque es su juego, su superioridad sobre todos. De tal manera ha logrado dominar el jugador esa especialidad, que sabe servirse a ella y de ella con tan admirable maestría y oportunidad, vaya la pelota donde quiera y como quiera, que desprecia el revés aire, no sabe lo que es, ni quiere emplearlo nunca.

En los 14 y 15 cuadros, cuando la pelota viene arrinada, donde todos preparan el revés, arrodillase Samperio, se incrusta materialmente en la pared de la izquierda y devuelve la pelota de medio brazo, con ganache limpiísimo, con un movimiento seco y rápido de muñeca que la lanza a la mitad del frontón, de donde sale como una bala, con una fuerza inverosímil, llena de gas.

Como jugador delantero que ha sido, posee todos los recursos y la emplea discretamente, pero su arma principal, el terror de todos sus compañeros, lo que ha hecho a Samperio ocupar su puesto en el pelotariismo actual, es la bola, esa bola, pequeña al parecer, que no revela los esfuerzos de la difícil venida, desprovista en absoluto de pose, bola de honda, que basta de por sí sola para haber hecho de Luis Samperio un jugador sin rival.

Jugador que entra a la bola, debe seguir a la pelota, anticiparse a ella, buscarla en todas partes y cubrir plaza con diligencia y oportunidad.

Samperio es de los que, como Irún y Muchacho, juegan con verdadera pasión, de los que sudan a chorros y se ponen verdes de bilis, ágil y resistente, siempre en su puesto, sugestionado por la lucha, en continua trepidación.

Posee, además, como zaguero, una cualidad inapreciable, dirige los partidos como no lo ha hecho nadie después de Mardura.

Cuando Samperio juega su garganta trabaja tanto como el brazo. Grita constantemente, señala a su compañero el juego que debe hacer, la colocación que debe adoptar, las pelotas que debe dejarle, y eso avisa continuo viene algo de halali de la raza, enardece a quien juega con

Decía aquel presidiario—
Decía aquel presidiario al compañero, que no acababa de tener resignación:
—Figúrese que hubiéramos nacido pobres, ¿no hubiéramos tenido que estar metido en penales y, probablemente, no de cristal, sino de hierro... ¡Figúrese!
El otro preso, consolado, sonrió.

Los siete jockeys—
Los siete jockeys se cayeron al mismo tiempo en la revuelta vorágine de la carrera.
Las carreras de los apostadores palparon violentamente en los corrales, o, mejor dicho, los corrales palparon en las carreras.
Pero en seguida repuestos y sobre sus caballos, los siete jockeys volvieron a la carrera desahogada.
Por fin el jockey de los lunares negra en blusa blanca, ganó la meta.
—¡Ahahahahhah!, exclamó toda la concurrencia; pero, a los pocos instantes, todos se dieron cuenta de que el jockey que montaba el caballo blanco, era el jockey del caballo café con nata.
En el revolutum de la salida se había dado el trastuqueo, y después

Luis, lo estimula, lo sostiene y da al partido animación extraordinaria. Samperio no tenía rival por tal concepto, y buena prueba de ello es que ha ganado partidos, llevando el delantero a pelotaría a quienes ha derrotado fácilmente cuando jugaban luego contra él.
Después de reseñar las condiciones del pelotari y de haber narrado su historia, no me resta sino ocuparme de las cualidades del hombre, y esa es tarea breve y fácil.
Luis Samperio, ya lo he dicho antes, tiene, por herencia natural, toda la honradez, toda la caballerosidad de la raza vasca.
Callado, tímido, franco y leal a toda prueba, dotado de modestia exquisita y propagador al más entusiasta de la habilidad de sus compañeros, es fuera del frontón el jugador más temeroso y desconfiado que he conocido.

Sus labios no pronuncian sino elogios para todos los pelotaris, su bondad raya muchas veces en inocencia, y donde quiera que haya ido, la admiración que ha despertado el jugador de pelota, ha corrido siempre pareja con la consideración y las simpatías que ha inspirado el hombre bien educado.
La nostalgia del juego le hace hoy sufrir horriblemente, y su más vehemente deseo es presentarse, completamente restablecido, ante el público madrileño y merecer sus sufragios en el frontón.
¡Qué Dios le conceda pronto esa mereced!

Yo lo deseo tanto como Luis Samperio, seguro, como lo estoy, de que justificarán y crecen los elogios que en este capítulo le dirige un entusiasta admirador.

de largas discusiones, de si era el caballo o el jockey el que ganaba la carrera, se anuló el concurso.

Aquel portero—
Aquel portero estaba desesperado, porque no le salían las patillas.
El marqués le iba a ochar porque quería un portero con patillas... Recurrió a todos los especialistas con tal de tener patillas, se echó los dos los petróleos y preparados para hacer crecer el pelo, pero no consiguió nada...
—El sueldo que podría yo tener si tuviese patillas! — solía decir.
Entonces recurrió a un peluquero de teatro y gracias a pautadas transformaciones, llegó a poseer unas falsas patillas que se pegaba por todo el día.
El marqués le ascendió y le compró una librea nueva con sus siete castillos bordados en los falones.

El ciprés flaco—
El ciprés flaco se destacaba entre los demás cipreses, largo como ellos pero flaco como un palillero hundido en un lintero.
El secreto de aquel ciprés flaco, esculido y espiritado sólo lo sabían los que habían conocido a Dolores Alamera y Fernández, fallecida a los 31 años de edad, el 13 de Agosto de 1885. Muy pocos ya.
Dolores era una muchacha muy fina, que anduvo por la vida sobre los alambres de sus piernas, siempre haciendo gestos dolgados, siempre poniendo la boca chica, siempre con el paraguas muy fajado debajo del brazo. Parecía una mujer vista a través de una rendija o una mujer que hubiese enengado mucho tocando el piano, uno de esos grandes pianos de cola que causan ese efecto sobre sus asiduas.

El ciprés que la cupo en suerte probar desde el fondo de su tumba fué por eso como ella y como aquel paraguas que ella ceña y ceña hasta lo imposible.

Los que se casan por casualidad
Los que se casan por casualidad van bostezando por el mundo. Aquel se había casado porque cuando fué por unas pruebas de su Kodack le sonrió otra aficionada a la fotografía. Aquel otro porque al salir a la tienda del óptico para probar unos lentes vió pasar a una muchacha en la que encontró la nitidez de la vista normal. Aquel otro porque estando probándose unos zapatos vió enfrente de él un piecicito que jugaba como un cobaya sobre el taburete de terciopelo.
Aquel otro porque se pinchó su neumático frente a una casa en que estaba asomada y envuelta en una toquilla azul una muchacha sonriente que elevaba los ojos al cielo como en un altar mayor, y mientras huela la reparación en la rueda se convirtió en el oso definitivo de la asomada, etc.

La señorita del traje anaranjado
La señorita del traje anaranjado se siente toda traspasada por una luz anaranjada.
Ríe estrepitosamente con sus amigas; es dicharachera, se echa un novio que gasta de esos zapatos amarillos que nadie es capaz de usar, parece llevar una lámpara de luz eléctrica dentro, como esas salamandras que en invierno invitan al comprador con su sono de falso fuego, de fuego en que se mezcla la luz eléctrica y el papel de seda anaranjado.
La señorita de traje anaranjado un día, hacia al final del verano, desaparece y es que ha ido a fundirse en el sol para ya no esperar se de la gran masa ignea y anaranjada.

La dama del armario de luna—
La dama del armario de luna no es una dama que tenga un armario de luna sino una dama que se crió en el armario de luna y que un día se me presentó diciéndome sin más ni más:
—Aquí estoy yo.
Ya había sospechado yo que un día tenía que salir del armario de luna la dama fraguada en ese gabinete hermético en que todo tiene algún perfume y hay muchas telas fecundas.
—¡Pero cómo se ha podido usted alimentar ahí dentro! — le pregunté yo.
—Con bolas de neftalina y de alcanfor — me contestó ella pulida pero sin pollita.



La lencería ha experimentado a la misma evolución que el traje. Antes una mujer elegante afinaba su talle (su talle de avispa), con un corsé muy largo, muy ajustado y muy molado que iba acompañado de una camisa, cubrecorazón, pantalón y enaguas de hilo muy amplias y muy engorrosas.
[Qué de complicaciones para vestir!... Hoy todo se ha simplificado. La camisa se ha convertido en una camisa-pantalón-funda, la enagua, la fastidiosa enagua, forma una combinación. El corsé largo y sin gracia, se ha convertido en una (gigante), funda flexible para sostener las caderas.
La mujer moderna tiene la preocupación de la línea y de la armonía. El ritmo de su cuerpo está salvaguardado y el papel de la lencería no es el de desfigurar las formas, sino todo lo contrario, el de hacerla lucir. En fin, hay una total armonía entre la lencería y el traje. La lencería de color va de acuerdo con los tonos de los trajes ligeros; sin embargo, hay que señalar la desaparición de la lencería blanca

Las prendas para el día—
Hoyos dicho que la mujer elegante se preocupa tanto de su lencería como de sus trajes y en realidad, al usar estas telas flexibles y ligeras con las que se hace nuestra ropa interior.
Los modelos nuevos son, por otra parte, muy numerosos.
El crepón de China, el crepón georgette, la tela de seda, el etchina oro y de plata, el tul, son los géneros indicados para nuestras prendas interiores del día y de la noche.
La lencería de lujo se combina con tul, con encaje de Chantilly, o no resulta muy agradable al contacto con el cuerpo y en cambio la lencería de seda, resulta muy cómoda y de muy suave contacto.
Para el verano tanógicamente que la lencería de hilo, más fresca, es preferible a todas las sedas de estopa interior blanca de lo que no se polemiza por menos que felleitamos. Con la moda actual, es preciso que la lencería sea lo más negativa posible.
Para el verano, he aquí un modelo particularmente práctico: la calcetilla elegantemente las dos prendas: pantalón y camisa. En la realidad, una sola corchada en la parte de abajo, el modelo que acompaña a la crónimodelo un poco de amplitud. Hay otro modelo en los costados por reunir el travesero y para esto la camisa-pantalón se corta en dos partes.
La combinación enagua, se hace al mismo tono que el traje; es un tipo de vestido necesario.

temporadas, en que el modisto había suprimido absolutamente el corsé, pero se comprendió en seguida, que si el corsé antiguo, especie de caparazón, rígido, oprimía el cuerpo, era necesario, sin embargo, sostener las caderas (para la salud y para la elegancia de la silueta), por medio de una funda flexible.
Por esta razón se lleva ahora la faja, verdadera funda flexible. No es molesta; se la hace de jersey de seda, de caucho de cinta, de terciopelo con incrustaciones de piel de pantera. Su objeto es sostener y no oprimir. Es necesaria. Ahora han aparecido unas camisas-fajas, rematadas con un volante de tul.
Hay además el pequeño «soutier-gorge», que es una cinta de tul, frágil, flexible, lujosa e imprescindible con los actuales vestidos de crepón de China que moldean el cuerpo.

Las prendas de noche—
Para la noche, el verdadero «pyjama» está en decadencia; algunas elegantes lo conservan para cuando van de viaje, porque en realidad no hay nada más práctico, pero en la casa resulta mucho más graciosa la camisa de noche-pyjama como la que presenta el modelo y que ha estado expuesta en la Exposición de Artes Decorativas. Al verla, parece simplemente una camisa de noche corriente, pero la parte que hace la falda tiene la forma de un pantalón abierto. Es muy nuevo y muy original.
Para adornar la lencería, tanto de día como de noche, se emplean con frecuencia los encajes crema o color cere. Estos dicen muy bien con el crepón de China rosa carne, con el «etchina-crepé» malva o con la tela de seda color oro. Se los incrusta y recorta en la tela.
Los calados constituyen también adornos muy bonitos. Las vainillas «turcas» están muy de moda.

Los «deshabillés»—
Los saltos de cama han reemplazado al pyjama. El «deshabillé» moderno es muy elegante. El tisu, el lamé de plata, el lamé de oro y todas las muselinas de seda, el crepón «georgette», los «etchina-crepés», los «crepells» se combinan entre sí en lisos estampados o bordados y hasta llegan a pintarse estos géneros. Con los lunares de plata se hacen saltos de cama muy ricos, pero se los reprocha que no son bastante flexibles.
La línea de los saltos de cama sigue la moda nueva: talle «ceintrés», tablas en la falda, mangas largas. El ropaje de la misma tela que el salto de cama lo acompaña generalmente, muy práctico por otra parte, porque este ropaje se puede llevar tanto con el «deshabillé», como con el traje de casa.
Se la hace larga.

Vivimos pequeños ahora de que esa que se confía en una «nena» se ocupación mamá. Se sa a tra señala la po, tiene horas de su teatro fo, su m Si, su maniqués El modista de efecto, Prepara niqués, q tados en grafo, y e nen la m resaltar l argan los clientela. queños no cesitan buen gusti todo, de dad. Ciertam los niños desfinida modisto ti nos y

La influencia
La moda una abrev más; las n las nenas



razón o yo soy una torca... las dos cosas... que faltaba... sobra... Las dos "o"